

❧ LA REALIDAD JUDÍA ❧  
EN LA HISTORIA DE ESPAÑA  
Y SU DIÁSPORA



*José Jiménez Salazar (Ed.)*

José Jiménez Salazar (Ed.)

❧ LA REALIDAD JUDÍA ❧  
EN LA HISTORIA DE ESPAÑA  
Y SU DIÁSPORA



Historia, literatura y cultura en libros de Bibliotheca Sefarad (s. xv-xx)

*Catálogo*

Uriel Macías

*Colaboran*

Harm den Boer

José Antonio Escudero

Jon Juaristi

José Ramón Magdalena

Moisés Orfali

Madrid 2022

Bibliotheca Sefarad

Marcial Pons

## Contenido

Presentación, José Jiménez Salazar .....	9
Prólogo, Francisco Mendoza .....	15
Introducción, Uriel Macías .....	29
Secciones	
A. Judíos en España	
<i>Judíos en España</i> , José Ramón Magdalena .....	47
Libros comentados [1-101], Uriel Macías .....	59
B. Inquisición y conversos	
<i>La Inquisición</i> , José Antonio Escudero .....	151
Libros comentados [102-205], Uriel Macías .....	161
C. Antijudaica	
<i>Contra Judaeos</i> , Moisés Orfali .....	251
Libros comentados [206-261], Uriel Macías .....	261
D. Sefárdica	
<i>Sefárdica</i> , Harm den Boer .....	311
Libros comentados [262-393], Uriel Macías .....	317
E. Miscelánea Judaica & Hebraica	
<i>Miscelánea</i> , Jon Juaristi .....	421
Libros comentados [394-436], Uriel Macías .....	425
Índices	
Autores .....	461
Títulos .....	467
Lugares de impresión .....	480
Años de impresión .....	482
Digitalizados .....	484
Repertorios bibliográficos citados abreviadamente .....	493

# *Presentación*

*Bibliotheca Sefarad*

*Historia de la evolución de una biblioteca familiar a biblioteca digital*

Andar por caminos diferentes de los conocidos y transitados ha sido habitualmente un privilegio para la minoría de seres humanos que lo lograban. A lo largo de la historia de la humanidad y hasta hace muy pocos años, escasos fueron los que traspasaron las fronteras de lo inmediato y de lo próximo. El alejamiento del limitado hábitat donde se desenvolvía la vida entrañaba diferentes costes, dificultades y peligros, casi siempre insuperables, de ahí el enorme prestigio de aquellos viajeros que por razones militares, diplomáticas, comerciales o de aventura accedieron a esos otros mundos. Los afortunados que retornaban relataban ante animados corros de amigos y vecinos las peculiaridades, sorpresas y sufrimientos padecidos en tierras muy distintas a las suyas, con costumbres y lenguas desconocidas. El halo de miedo y misterio que siempre envolvió a lo diferente frenó a la mayoría; pero, a la vez, estimuló a una minoría que, por motivos varios, se veía impulsada a traspasar la línea de lo cercano.

La propagación de esos conocimientos, recibidos mediante la palabra directa del protagonista, suponía en las siguientes transmisiones inevitables cambios de la realidad contada, que daban lugar a la aparición de innumerables mitos y leyendas, difundidos de generación en generación por boca de los mayores de cada lugar. Esos saberes, propios y aportados por esa reducida minoría de seres que por razón de oficio, necesidad o inquietud personal se vieron impelidos a salir de su entorno, enriquecieron la vida de las colectividades durante toda la historia del hombre en la Tierra, hasta la llegada del fabuloso invento que supuso el transmitir, mediante figuras y signos, el caudal ingente de experiencias de esa agrupación humana que hablaba una misma lengua. El resultado fue un paso de gigante, pues se consiguió la continuidad y difusión en la transferencia de información, al tiempo que se fue revistiendo

de la necesaria veracidad. Poco a poco, las civilizaciones más avanzadas configuraron la escritura como único elemento que garantizaba la perdurabilidad de hechos y conocimientos dignos de ser recordados y utilizados por las siguientes generaciones. Desde la adopción de este nuevo sistema de transmisión y su consecuente interrelación entre los diferentes pueblos y culturas, la evolución y el desarrollo alcanzados por el hombre han sido extraordinarios, aunque la generalización y popularización de la escritura no haya llegado hasta hace relativamente poco tiempo, una vez cruzados los confines de exclusividad que los privilegiados y poderosos ostentaron.

Pero el verdadero avance de la escritura y su difusión se produce con la invención de la imprenta, hace algo más de cinco siglos. En un proceso muy lento –pues siguen beneficiándose de tan notable mejora, al principio, las clases más acomodadas y los religiosos–, se inicia el paulatino y progresivo interés de determinados individuos no pertenecientes a dichos estamentos por usar el libro, no solo como fuente de estudio, sino para comunicar sus ideas y pensamientos, franqueando la gran barrera que durante siglos habían sido los manuscritos, de mínima difusión y de muy difícil acceso. Curiosamente, el desarrollo exponencial acaecido en el pasado siglo en el mundo del pensamiento, las artes, las ciencias y la tecnología corre parejo con el de la alfabetización generalizada en los países donde se experimentaron mayores adelantos, todo ello vinculado al libro con su aporte de una ingente y rica información en todos los órdenes, que acercó de manera definitiva las diferentes culturas a un público ya inmenso.

Reconocer la infinita deuda que tenemos con esa minoría de personas que se preocuparon por transmitir su pensamiento, sus experiencias y sus descubrimientos es comenzar a valorar lo trascendental de esas aportaciones, para provecho de todos los que con posterioridad bebieron de esas fuentes, punto de partida para nuevos avances que, como cadena sin fin, entrelazan todo tipo de progreso.

El entender como gratuitas las aportaciones en el área de las humanidades y de las ciencias al mundo de la cultura es desconocer el enorme esfuerzo de ese reducidísimo número de personas –que hoy llamamos intelectuales– que, con riesgo muchas veces de su vida y en ocasiones con dificultades indecibles, nos legaron con generosidad sus vivencias y conocimientos.

A esta línea de pensamiento debía de estar adscrito mi progenitor, cuando desde muy pequeño le escuchaba comentar la inmensa suerte de que gozábamos al beneficiarnos de tanta sabiduría acopiada con mucho esfuerzo y a lo largo de siglos, a cambio del reducido coste de un libro actual. Incluso solía apostillar esta aseveración indicando que no se concedía la importancia debida a semejante privilegio, por la descomunal desproporción entre el trabajo necesario para alcanzar esos resultados y el módico importe que suponía la adquisición de un libro. Si en la sociedad occidental, el acceder a las fuentes del conocimiento implicara un alto coste económico, cambiaría de manera radical esa actitud de estima y valoración por otra muy diferente de enorme fortuna, que haría codiciar y considerar más deseable y apetecible aquello valorado como exclusivo. En cualquier caso, tener en cuenta el camino ya recorrido por quienes nos precedieron, dentro de los campos en los que desarrollamos nuestra actividad profesional o privada, es encuadrar de manera adecuada nuestra participación en el contexto de la gran rueda en la que la humanidad, hoy más que nunca, se encuentra inmersa y de la que nos beneficiamos, como ninguna otra generación pasada.

Adentrando con cierta dificultad en las penumbras de las imágenes y sensaciones aún perceptibles de los primeros años, debo confesar que desde la adolescencia el poder acceder a un libro y participar mentalmente en el mismo como protagonista, conllevaba una gran atracción e inmensa curiosidad, llegando en ciertos casos a emociones difíciles de expresar aún hoy. Con más o menos éxito, con permiso o sin permiso, conocí y leí numerosos textos que componían las diferentes librerías de la biblioteca familiar, fuente irresistible difícil de contener ante la débil voluntad de un menor. Pronto asistí al milagro de que un libro lleva irremediablemente a otro, que con una temática acababa desembocando en otra muy diferente que se presentaba como imparable imán. Había entrado en la atracción por lo desconocido, en el por qué, de esto y de aquello, en la duda y en un continuo cuestionar ideas y pensamientos, pero aún no sabía que el camino acababa de comenzar. Pasaron algunos decenios hasta reconocer y constatar ese lento proceso que nos lleva en larga secuencia a leer, entender y aprender para llegar a las

ideas y criterio, a través de lo que podríamos denominar interrelación de conocimientos adquiridos y sedimentados.

En la universidad el espíritu comenzó a saciarse, pero la inquietud no por ello aminoró. Las circunstancias fueron compañeras en el camino de las ciencias, pero el corazón siempre disfrutó en el gran jardín de las humanidades. El inicio de una intensa actividad profesional y el nacimiento de una familia, permitió que a la vez empezara a soñar en la formación de una gran biblioteca, que pudiera ser la continuidad de la que familiarmente había disfrutado desde los primeros años. Una nueva estela se iniciaba en lo que ya llamaba el mundo del conocimiento, inconmensurable presentía, pero fue aún más de lo que entonces soñaba.

El nuevo hogar pronto dispuso de una biblioteca, con los numerosos libros leídos y guardados desde la infancia. De acuerdo con las posibilidades crecientes a tenor del desarrollo profesional se fueron incorporando nuevos hermanos acogidos con regocijo.

También en esos años, redescubrí en los libros otros valores, que incrementaron la fascinación que por ellos sentía. Desde siempre había sido como un embrujo que facilitó adentrarme en el mundo del conocer, investigando y entendiendo hechos naturales, analizando acontecimientos pasados y circunstancias históricas, aprendiendo del esfuerzo y el trabajo ajenos, profundizando en las experiencias de otros y de continuo, transmitiéndome ilusión y enriqueciendo el espíritu, consciente de la fortuna inmensa de compartir el patrimonio de seres especialmente dotados. Ahora se añadían otros dos destacados aspectos, que hasta ese momento habían permanecido ocultos: el relacionado con su contenido estético y, para los más añejos, su condición y consideración de respetables antigüedades. Hasta la percepción de estos dos nuevos atributos, jamás habían influido esos factores en la decisión de compra de un libro, que de manera indefectible estaba vinculado al interés por el tema, al contenido o al autor. A partir de ese nuevo descubrimiento, se consideran además otras razones, como el estado y calidad del papel, la belleza de sus grabados o su encuadernación, y a considerar joyas por primera vez, a determinados libros antiguos, y un verdadero privilegio adquirir ejemplares con dos, tres o más siglos, que habían soportado a veces con mucho estoicismo, la complejidad de su propia historia vivida como protagonistas en primera línea y desde el anaquel de otras bibliotecas durante cientos de años de paciente espera.

Acababa de aterrizar en un mundo tan sugestivo como inabarcable, en el que a la consideración y valor fundamental de un libro, siempre relacionado con su contenido, se añadían otras cualidades colaterales que lo singularizaban. Con los primeros pasos en el reducido y exclusivo círculo de los llamados bibliófilos, reducto de coleccionistas y hombres de bien, aunque algo singulares, dispuestos a cualquier sacrificio por conseguir cierto ejemplar, buscado durante muchos años y en ocasiones durante toda una vida, con el único fin de acariciar tan preciado tesoro una y otra vez, y soñar recordando las mil aventuras hasta lograrlo. El progreso por esta fascinante travesía discurrió adaptándolo a las propias peculiaridades de la personalidad y formación, que hibrida el mundo de la ciencia con el de las humanidades, amalgamando sabiduría y erudición con sentido estético. Una vez logrado ese ejemplar deseado, buscado por su contenido y por fin conseguido, llega el recreo en su lectura, aparte del deleite ante la belleza de su encuadernación, la amplitud de sus márgenes o la perfección de sus grabados.

En pocos años se vieron colmadas las ilusiones y estimando que se había logrado conformar una amplia selección de contenidos muy variados, típica de la Ilustración, donde la literatura, el arte, la historia, la ciencia, la botánica, la arquitectura, la ingeniería y un largo etcétera habían quedado amigablemente hermanadas, inexorablemente llevaba a la necesidad de diseñar una nueva biblioteca que pudiera albergar a tan ilustres invitados venidos y por venir.

Pensando en lo imposible de seguir progresando en temáticas tan diferentes y ya con la serenidad de los años, pude llegar a la conclusión de que jamás podría abarcar lo inalcanzable y en consecuencia debía tomar una decisión difícil, elegir una línea de trabajo y estudio que permitiera poder profundizar el resto de la existencia, recurriendo a la documentación posible sobre la misma desde sus orígenes hasta la actualidad, evidentemente con la insalvable limitación de recursos. Ha transcurrido algo más de un cuarto de siglo desde el momento en que tomé la determinación de adentrarme en la cultura judía fuente de atracción por muy diversas razones de manera muy especial. Hoy puedo decir que

siento una gran satisfacción por lo acertada de esa decisión que me integró en ese grandioso árbol con innumerables ramas que abarcan de una forma o de otra una parte importante de la historia y el saber humano, pilar de la cultura Occidental.

Esta atractiva y nueva andadura condujo desde un principio a la búsqueda a veces desesperada, de multitud de libros actuales, descatalogados y antiguos a través de librerías ya conocidas y de librereros de antiguo, a los que tengo que agradecer especialmente su colaboración a lo largo de tantos años. Sin esta inestimable ayuda, todo estudioso, bibliófilo o coleccionista sería incapaz de adentrarse en el complejo entramado y avanzar en el desarrollo de una biblioteca temática de cierta enjundia. De ellos aprendí una parte muy importante del mundo del libro, desconocido y ausente en los libros de texto.

El proyecto de otra biblioteca con amplias dependencias y capacidad suficiente incluso para su evolución, quedó plasmado en el año 1995. Desde ella y con vistas a un jardín, recordaba la máxima romana, “si tengo una biblioteca junto a un jardín, lo tengo todo”. Acorde con el feliz momento y utilizando la incipiente tecnología informática de finales del siglo pasado, se emprendió la ardua tarea de realizar con el programa *MS2*, una ficha de cada libro de la biblioteca con los datos más sobresalientes, algo que supuso cerca de un año de lento y laborioso trabajo. Fallecido mi padre en 1998 y heredero de su biblioteca, siendo deudor de ambos, con gran orgullo y como siguiente generación aseguraba la continuidad de la misma con más incorporaciones.

A los fondos que ya disponía antes de emprender el camino de formar una biblioteca especializada en judaica, de autores o temática judía, sobre historia, filosofía, sociología o política, se fueron incorporando numerosas ediciones sobre judíos en España y sefardíes, con algunas compras de cierto interés. Pero en aquella época si se quería avanzar a buen ritmo en la adquisición de libros descatalogados y antiguos, se tenía que entrar en la línea habitual del momento, la recepción de catálogos de librereros que con periodicidad editaban y distribuían por correo entre sus fieles clientes. En consecuencia, esto llevaba a la inmediata lectura de los mismos y petición por el medio más rápido posible, normalmente el teléfono, de aquellos por los que estabas interesado. Con una relación continuada en ese interesante mundillo durante más de dos décadas, mantuve muy buena amistad con un sorprendente grupo de personajes, todos ellos pacientes, perseverantes, memoriosos y entusiastas. Una vez que apreciaban en un recién llegado ese amor al libro, por encima de amores menores, poco a poco se estrechaba la relación hasta acabar siendo unos estupendos colaboradores, capaces de recordar una lejana petición y de darnos de vez en cuando una buena alegría. Durante aquellos años recibía cerca de cincuenta catálogos de diferentes librereros de antiguo españoles y extranjeros, confeccionados en sosegado y solitario trabajo, con una continuidad digna de mérito. Algunos llegaban a preparar y enviar hasta cinco o seis catálogos al año, una verdadera heroicidad para la época. La sosegada lectura de esos variadísimos catálogos –suponía a lo largo de un año, acceder a unas cincuenta mil referencias– era tan satisfactoria como enriquecedora. Resultaba casi imposible leer cada uno de los sucesivos catálogos sin caer en la tentación de pedir ese ejemplar desconocido de uno de los autores preferidos, o de adquirir ese otro cuyo título sorprendía por tratar de un determinado e interesante tema, o por ese estupendo hallazgo que completaba un sueño perseguido y no logrado hasta esa fecha.

La segunda fuente que nos proveía a los estudiosos y bibliófilos venía del mercado del libro actual. El enorme número de libros editados al año en España –aunque en ediciones de muy reducido número de ejemplares, sobre todo para el libro especializado– hace casi imposible acceder a los sucesivos títulos que van apareciendo, si no mantenemos la disciplina de recorrer de manera sistemática las correspondientes librerías especializadas, a la vez de ayudarnos con reseñas de diferentes revistas. Atender ambos mercados, el del libro antiguo y el del libro actual, exige mucho tiempo y una verdadera atención profesionalizada, que solo puede encuadrarse en una vocación incuestionable. Si a esa frenética actividad añadimos las horas dedicadas a la lectura de tanto libro acopiado, concluiremos que queda poco tiempo para otras actividades.

Si el avance en las adquisiciones de la biblioteca fue muy rápido, la suerte también estuvo de nuestra parte pues la tecnología informática nos alcanzó y superó, apareciendo en el mercado tecnológico bases de datos documentales. La inmediata adquisición de una base de datos muy avanzada ayudó al proyecto desde ese momento de forma imparable, más bien tendría que decir absoluta, al aprovecharse en grado extremo la copiosa información que hoy la biblioteca acoge. Tras verter, ayudado por un

informático especializado, la anterior base de datos, apareció un mundo inimaginable. En la nueva ficha diseñada, cada libro podía tener hasta cuarenta campos de información (hoy tiene cincuenta y dos) –desde los consabidos, título, autor, editor, edición, ubicación, hasta la fecha de compra, lectura, valoración, importe, lugar de compra, y un largo etcétera–, además de imágenes que se incluyeron en las fichas de los más antiguos, a la vez que en los libros que se iban adquiriendo. En un proceso paralelo, que supuso otro año más, quedaron completadas las primitivas fichas –que no incluían toda la información que ahora sí quedaba reseñada– de cada uno de los libros anteriores y que, de nuevo para satisfacción mía, tuvieron que pasar uno a uno por mis manos. Desde ese momento al realizar una consulta, la respuesta suponía unos segundos, incluso aunque almacenase toda la información indicada, y con capacidad para un millón de libros. Por último, y para conseguir la casi cuadratura del círculo, podía exportar como fichero de texto los campos que seleccionaba y almacenarlos en Excel, para luego trasladar esa información desde el ordenador central o el portátil a una agenda PDA, de trece por ocho centímetros, con lo que podías llevar en un bolsillo, un pequeño microordenador, donde estaban incluidos todos los libros que en ese momento tenía la biblioteca, con la información completa de cada uno y que se actualizaba de manera sistemática en conexión con el ordenador central. Se acabaron los difíciles años cuando la memoria era la única herramienta en la que confiar al comprar un nuevo libro y cuando uno dudaba de si tenía esa edición o cuánto costó. La aparición inicial en ferias del libro actual o antiguo, librerías y libreros con esta herramienta supuso el asombro y desconcierto de los allí presentes.

En 1998 inicié con mi amigo José María Serret, bibliófilo entre los mejores y muy versado en literatura española, la publicación de la revista *Pliegos de Bibliofilia*, especializada en libros antiguos. Su gran erudición, que siempre admiré; su pasión por los libros, con la que me sentía identificado, y su gran entusiasmo por lanzar esta nueva revista me hicieron acompañarle como merecía a tamaña aventura, que para él fue la culminación de un gran sueño y la última de sus grandes ilusiones.

En el sesenta aniversario, once años después de la inauguración de la gran biblioteca de Madrid, y ya sin suficiente espacio para darle continuidad, comencé a analizar diversas alternativas para su consecución, sobre la base de una idea que ya tenía muy clara, el emplazamiento tenía que estar vinculado al lugar donde mayor tiempo iba a residir, pues de estos amigos y familiares no podía separarme, tanto más, cuando los años me hacían apreciar su inquebrantable fidelidad.

Tras mucho pensar y repensar, estudiando varias opciones, la decisión llegó por dividir la globalidad de la biblioteca en dos nuevas ubicaciones, una en la española Extremadura, tierra de conquistadores y la otra en los Alpes suizos, paraíso de la naturaleza, lugares que por diferentes razones conocía, admiraba y valoraba desde la más tierna edad. En 2010 comenzó una etapa que ha llevado con su andadura a la situación de ampliación y expansión de la biblioteca acorde con el progreso de un mundo sin fronteras a través de las nuevas tecnologías. El deseo de dar un mayor acceso a la biblioteca, bajo el principio de utilidad ante terceros, hizo que juntos nos embarcáramos en un largo viaje alrededor del mundo, bajo la égida de difusión de la cultura. En ese mismo año, una parte de nuestra amada biblioteca cruzó por primera vez los aires. En algo menos de una década, ha sido conocida en más de 130 países, y consultada en la actualidad por cerca de 100.000 usuarios al año, y todo ello sin recurrir a publicidad alguna.

El desarrollo exige evolucionar a tenor de las circunstancias con nuevas ideas que se puedan utilizar e incorporar al *buen hacer*. Siguiendo ese lema y dado que el desarrollo de la biblioteca sobre judaica había sido importante, se optó por darla a conocer de una forma diferente aprovechando la tecnología punta. Para ello, en la que denominamos biblioteca general o total, se seleccionaron los títulos que podían integrarse dentro de la que hoy llamamos biblioteca temática de judaica *Bibliotheca Sefarad*, a través de la historia de España, de América, de la ciencia, de las humanidades, de la religión, de la Inquisición y del pueblo judío en general. Con este amplio bagaje aparecimos en Internet con el nombre de *bibliothecasefarad.com*. Pocos meses después inauguramos la primera exposición temática bajo el título *Seis siglos de judaica. Un recorrido por Bibliotheca Sefarad. Noviembre 2012*, que igualmente pudo y puede verse en Internet. Fue la entrada en el mundo por la puerta que consideramos más adecuada en ese momento. A partir de esa fecha otras siete exposiciones temáticas se han realizado, las



dos últimas además presentadas en España en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y en la Real Academia de la Historia, todas ellas en la web y también editadas en papel.

Con el fin de aportar a los usuarios la mayor información posible, sobre unos 20.000 volúmenes a consultar en este momento, tanto a través de un ordenador portátil o fijo, una tableta o desde un teléfono móvil, nuestros catálogos en la web, han ido mejorando año tras año. A la información catalográfica clásica, hemos ido añadiendo otros campos de utilidad, como el estar los libros definidos por una materia o más, en función de su contenido; igualmente todos llevan una imagen de la portada como mínimo; en un número superior a la mitad se incluye el índice del libro, de gran interés en una base de datos documental; también aparecen en más de la mitad notas que dan una información del autor y comentarios del título en cuestión y por último en una cifra ya superior al millar están digitalizados, con la calidad más alta, incluyendo el OCR de ayuda ante una búsqueda concreta a través de palabras clave, no solo en lo reseñado en todos los campos de texto, también en el contenido de los libros y documentos digitalizados.

Para conseguir un acercamiento más directo, el usuario tiene siempre la posibilidad, esté donde esté, de comunicar con la biblioteca ante una consulta, comentario o duda, simplemente entrando en *bibliothecasefarad.com* y en el apartado *Contacto*, escribir aquello que desea saber, y sin necesidad de redactar un correo recibimos de forma inmediata su escrito, que siempre tratamos de responder en el menor plazo posible. El constatado nexo de comunicación está experimentando un gran desarrollo a todos los niveles.

Esta biblioteca familiar de segunda generación y muy cercana a pasar a la tercera, ha conseguido a través principalmente de las nuevas tecnologías abrirse a todo interesado en el mundo de la cultura, tanto al público en general como al de estudiosos y especialistas, con el único propósito de ayudar al desarrollo de la persona y de la sociedad, pudiendo afirmarse sin lugar a dudas, que el conocimiento colabora muy eficazmente en el progreso del individuo en cualquier área del saber.

En la presente edición y con la finalidad de dar a conocer al lector una serie de obras singulares por su contenido, rareza o exclusividad, hemos seleccionado dentro del fondo de *Bibliotheca Sefarad* ciertos ejemplares que consideramos serán de interés por muy diversas razones. El conjunto de la presente obra incluye cinco grandes secciones con sus correspondientes apartados en los que se integran un total de 436 fichas, todas ellas con una introducción realizada por un catedrático especialista en la materia que facilita el conocimiento y desarrollo histórico de la sección en cuestión. El contenido bibliográfico está estudiado con detalle por un gran experto en bibliografía judaica, habitual colaborador de nuestra biblioteca. Con el fin de aproximar más al lector a las temáticas que se reseñan, se incluyen más de 250 libros digitalizados en su totalidad, a los que se puede acceder directamente a través del código QR, que figura junto al texto. Se incluyen del orden de 500 imágenes de las obras presentadas que harán más placentero el acercamiento al conjunto de la edición.

Como colofón a esta presentación, quiero agradecer a mi buen amigo y especialista en bibliografía judaica Uriel Macías su continua e incondicional colaboración a lo largo de veinticinco años, que ha supuesto una valiosa aportación en la formación y enriquecimiento de la presente biblioteca temática de judaica, de la que es maestro.

Mis sentimientos de admiración, respeto y agradecimiento a los ilustres profesores José Ramón Magdalena Nom de Déu, José Antonio Escudero, Moisés Orfali, Harm den Boer, Jon Juaristi y Francisco Mendoza, por los estudios introductorios a las diferentes secciones y prólogo, que están dentro de los ámbitos en los que ejercen o han ejercido su docencia, y en los que son figuras señeras en sus respectivas especialidades.

Dr. José Jiménez Salazar  
Director de Bibliotheca Sefarad